

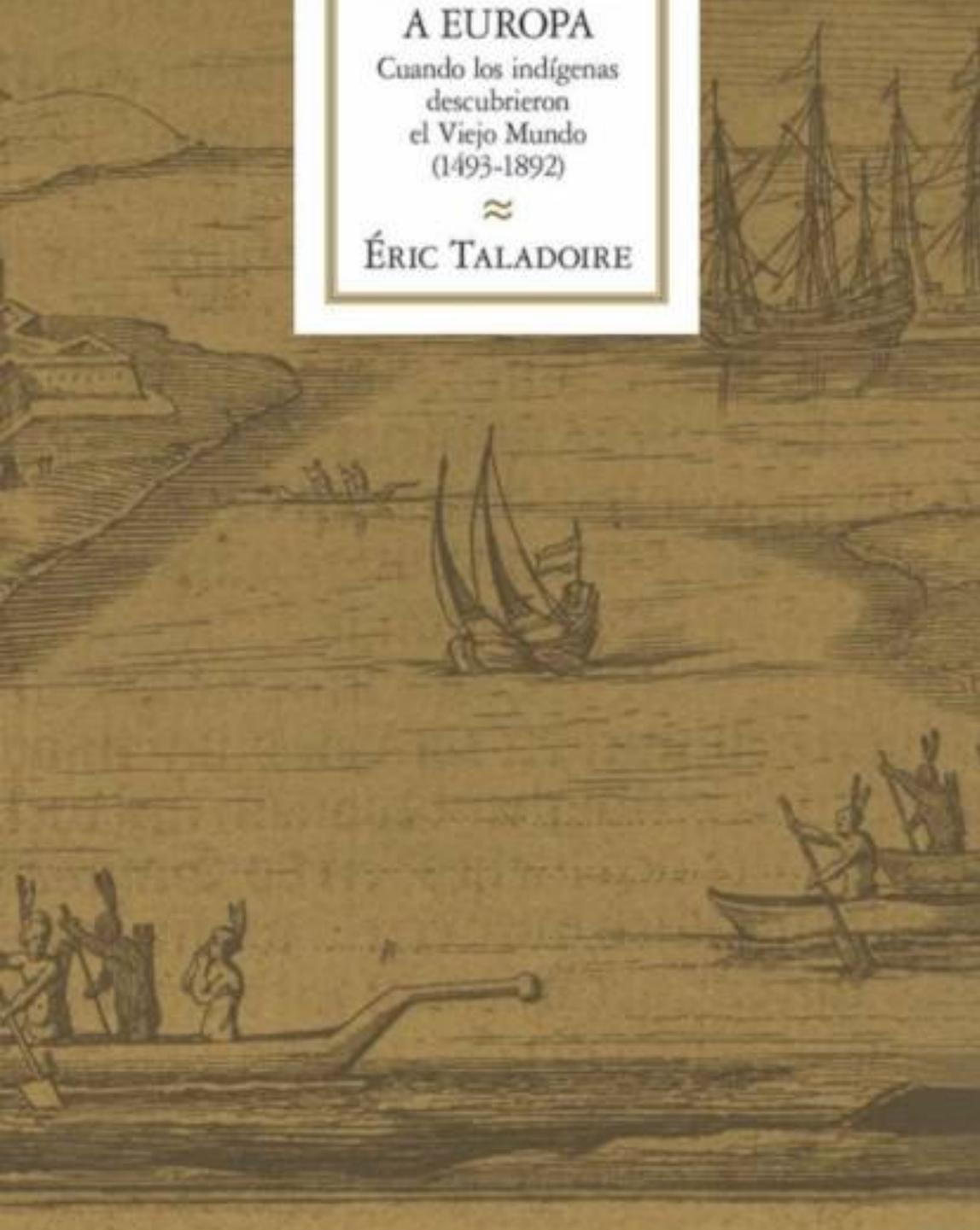
anhatans

DE AMÉRICA
A EUROPA

Cuando los indígenas
descubrieron
el Viejo Mundo
(1493-1892)

≈

ÉRIC TALADOIRE



¿Cómo se apropiaron los indígenas americanos de una cultura desconocida, afrontaron lo inconcebible y forjaron un mundo nuevo donde hallar su propio lugar? Éric Taladoire revierte la mirada sobre uno de los fenómenos más estudiados y analiza los escasos testimonios de indioamericanos que vivieron en diversas ciudades de Europa después de la llegada de Colón a las Américas.

Por lo menos tres mil amerindios se contabilizaron como habitantes del Viejo Mundo entre 1493 y 1616. En este último año, la indígena algonquina Pocahontas visitó Londres después de contraer matrimonio con un comerciante inglés. Aztecas y tlaxcaltecas convivían con taínos e incas en el Madrid del siglo XVI. Sin embargo, la mayoría de estos migrantes fueron sustraídos de sus comunidades de manera violenta por los conquistadores europeos para que les sirvieran de informadores, mediadores, rehenes, curiosidades, trofeos, esclavos o aprendices en el antiguo continente. Muchos de ellos fueron a dar a Sevilla, París, Bruselas e incluso Rusia.

ÍNDICE

Prólogo. Del Nuevo al Viejo Mundo

1493-1892: cuatro siglos de descubrimiento mutuo

Primera Parte (1493-1616)

DEL DESCUBRIMIENTO AL RECONOCIMIENTO

- I. Una aculturación mutua
- II. Curiosidades e intérpretes: los indios de la Conquista
- III. El indio americano como espectáculo
- IV. Testigos y testimonios: del salvaje al buen salvaje
- V. Nobles y caciques: en busca de reconocimiento
- VI. Otras implicaciones
- VII. Un caso particular: los mestizos (1528-1550)
- VIII. La parte inmersa del iceberg: esclavos y sirvientes

Segunda Parte (1616-1892):

UNA PERSPECTIVA INVERTIDA

- IX. Esclavos, sirvientes y rehenes
- X. Mestizos y convertidos
- XI. Nobles, solicitantes y aliados.
- XII. Del buen salvaje a la especie en vías de desaparición
- XIII. El retorno al gran espectáculo
- XIV. Regreso a las fuentes: el amerindio como curiosidad antropológica

Conclusiones

Agradecimientos

Epílogo

Referencias bibliográficas

Cuadros

Índice de las personas identificadas y documentadas

Prólogo

DEL NUEVO AL VIEJO MUNDO

El descubrimiento, la conquista y la colonización del Nuevo Mundo constituyen, desde cualquier punto de vista, un acontecimiento de máxima relevancia reconocido universalmente en casi todos los ámbitos, de la vida cotidiana (una segunda revolución alimentaria) a la totalidad de los campos de investigación (geografía, historia, medicina, farmacia, religión, pensamiento...). Para los historiadores, 1492 representa el viraje que, a inicios del Renacimiento, traza una línea divisoria entre la Edad Media y la Época Moderna. Las consecuencias y las implicaciones son de tal envergadura que todavía hoy es difícil valorar sus verdaderas dimensiones. Esta dificultad se ve agravada por sutiles desplazamientos semánticos. Se pasa fácilmente de la denominación Nuevo Mundo a la de las Américas, y de ahí a América, un término que suele aplicarse exclusiva y equivocadamente a los Estados Unidos, lo cual oculta la inmensa diversidad que ofrecen América Latina y el mundo del Caribe. Uno se olvida de que América del Norte, apelación geográfica y no cultural, no se reduce únicamente a los Estados Unidos, sino que abarca México y Canadá.

La expresión "indios de América" evoca de inmediato la imagen de un salvaje a caballo con un penacho de plumas, el indio del "wéstern". Permanecen en el olvido los agricultores de la costa oriental de los Estados Unidos; ocultos, los constructores de montículos de la cuenca del Misisipi. Los mayas, los aztecas y los incas sólo son pueblos "sudameri-

canos" rodeados de un aura de misterio, civilizaciones desaparecidas, pueblos exterminados por los conquistadores españoles, en la continuidad de la Leyenda Negra (Romano, 1972) que, aunada a los conflictos religiosos del siglo XVI entre católicos y hugonotes, imputó a España un genocidio infausto.^[1] Todavía es tan grande el desconocimiento de esas civilizaciones que muy a menudo la gente confunde Perú con México. Cuántas veces nos han dicho: "Ya que usted trabaja en México, ha de haber visitado Machu Picchu", cuando México está apenas más cerca de Cuzco que de París. Sin duda, los nombres de Rigoberta Menchú, premio Nobel de la Paz, o de Ollanta Humala, presidente de Perú entre 2011 y 2016, son muy conocidos, pero son como el producto de una generación espontánea, puesto que los conquistadores mataron a sus antepasados. Sigue causando asombro que subsistan millones de mayas, de aimaras, de quechuas, y que aún se hable el náhuatl clásico del siglo XVI en los suburbios de México. El indio americano pertenece al pasado, cuando no es parte constituyente de la naturaleza salvaje e indómita, tanto en nuestros museos de historia natural como en la imaginería popular (Hantman, 1992; Leutrat y Liandrat-Guigues, 2007). El indio con rostro de piedra, imperturbable, escondido en la selva o encaramado en rocas abruptas, es un cliché del cine hollywoodense que lo asimila al mundo hostil que los colonos debían domesticar. Como lo escribe el cronista indio Thomas King (2012, p. 20): "Who really needs the whole of Native history, when we can watch the movie?"^[2] Christian Feest (1999, p. 609) expresa más o menos la misma idea: "Una explicación sencilla de las relaciones peculiares entre los europeos y las poblaciones indígenas de América del Norte es que dichas relaciones no existen. Un examen atento muestra que lo que interesó y sigue interesando a los europeos son los 'indios', una población totalmente ficticia que habita más los pensamientos del Viejo Mundo que

las tierras del Nuevo Mundo”.^[3] La imagen del indio borra su realidad.

Son escasos los testimonios directos de esas víctimas de la colonización que nos han llegado. Por lo tanto, sabemos muy poco acerca de la manera en que los pueblos americanos vivieron la Conquista, el choque cultural y epidemiológico, la desaparición de sus modos de vida y de sus culturas. Aunque el alfabeto y las lenguas fueron adquiridos rápidamente, la ausencia de escritura en la mayoría de las civilizaciones americanas (con excepción de los pueblos de Mesoamérica)^[4] no les permitió sino excepcionalmente transmitir una percepción adecuada de sus sentimientos y de sus reacciones (León-Portilla, 2008). Aun los mayas, que habían elaborado un sistema complejo de escritura, no nos dejaron más que textos enigmáticos, como los *Libros de Chilam Balam*, donde la llegada de los españoles está transcrita a través del filtro de su percepción del mundo. Por lo común, restituyen la intromisión extranjera por el sesgo del prisma de las concepciones étnicas y de los mitos. Contrariamente a una leyenda tenaz, es poco probable que Cortés haya sido confundido con Quetzalcóatl, y los españoles, con dioses. En efecto, los mexicas pronto tomaron conciencia de su vulnerabilidad, por no hablar de su grosería y de su avidez (Taladoire, 2011). Sin embargo, su llegada fue racionalizada en la concepción cíclica del tiempo mesoamericano como la señal anunciadora de cambios profundos (Graulich, 1994).

En realidad, sólo contamos con unos pocos escritos de origen indígena, en su mayoría tardíos, entre los cuales están los textos de Samson Occom (Shoemaker, 2004), Joseph Brant (Thompson, 1984), Pedro de Henao (reproducido por Mira Caballos, 2000, pp. 164-165), Antonio Paraupaba (Hulsman, 2005), Maungwudaus (1848) o Ulrikab (1881), y también los textos de algunos miembros del espectáculo de Cody (Black Elk, por ejemplo), que sólo relatan detalles de sus estadías en Europa. Los primeros dos, por cierto, es-

taban muy aculturados, lo que reduce el interés antropológico directo de sus observaciones. En ese contexto, las principales fuentes aprovechables son el conjunto de los testimonios de los cronistas y autores que cruzaron el Atlántico, o que tuvieron la posibilidad de conversar con algunos de los amerindios que viajaron a Europa y que, indirectamente, nos transmiten pormenores e impresiones. Por lo demás, Dickason (1984) subraya que fue efectivamente en el Viejo Mundo, en Madrid, Sevilla, París y Londres, donde esos testigos, lo mismo que la inmensa mayoría de europeos, tuvieron la oportunidad de establecer contactos y de encontrar a los primeros amerindios.

La lista es larga, desde los cronistas famosos, Las Casas (1909, 1973), Pedro Mártir de Anglería (1975), Fernández de Oviedo (1979) y sobre todo Sahagún (1989), hasta testigos más inesperados como Cervantes, Tirso de Molina, Shakespeare, Montaigne, Voltaire, Defoe, Chateaubriand o George Sand. Aunque los grandes textos históricos son bien conocidos, todavía estamos a la espera de un estudio sistemático de los escritos literarios, de los que, no obstante, podemos inferir indicios de interés, de desestimación, de incompreensión, que podrían abrir pistas hacia un mejor entendimiento de sus reacciones. La otra fuente documental, generalmente inédita, proviene de los propios viajeros. Secuestros masivos de esclavos, caciques en busca de reconocimiento, mestizos entre dos mundos, miles de individuos que hicieron el viaje desde el Nuevo Mundo hasta el Viejo, algunos de ellos varias veces, otros muchos para morir ahí. Sus testimonios se refieren más al ámbito de las conductas que a los textos escritos. Tanto su inserción en las sociedades europeas como su rechazo de la cultura del Viejo Mundo son indicios en gran medida desconocidos que abren múltiples temas de investigación acerca de la capacidad de los amerindios para enfrentar lo inconcebible, apropiarse de una cultura desconocida y forjar un mundo nuevo

donde hallar su propio lugar: estas Américas tales como se presentan hoy en día.

Recientemente hemos hecho conciencia de este tema poco explorado, de su importancia y de su especificidad. Curiosamente, todos hemos oído hablar del fenómeno sin habernos dado el tiempo necesario para entender su interés. Desde luego, conocemos los grabados de Christoph Weiditz (1927), los cuadros que ilustran el regreso de Colón, los textos de Durero acerca de los objetos enviados por Cortés para dar pruebas de la riqueza del Imperio azteca (Feest, 1992a), las obras del Inca Garcilaso de la Vega (Bernand, 2006). Puede que algunos hayan leído la novela de Samuel Shellabarger (*Captain from Castile*, 2002 [1945] —*El Capitán de Castilla: historia novelada*—), o que hayan visto la película que inspiró, con Tyrone Power (Henry King, 1947). Gracias o a causa de Disney, el nombre de Pocahontas nos es familiar, en una versión color de rosa. Tanto en México como en España, las aventuras y las peripecias de los herederos de Moctezuma están bien documentadas (Cline, 1969). Con sus indios emplumados que caracolean alrededor de las diligencias, el espectáculo de Buffalo Bill sigue siendo de notoriedad pública. En ocasiones, algún viajero, algún acontecimiento fue motivo de un artículo, a menudo de muy buena calidad, aunque publicado por lo general en una revista de escasa difusión. A veces una nota de pie de página proporciona una indicación indirecta (Hulsman, 2005). En su obra *La Pensée métisse* (1999) —*El pensamiento mestizo*—, Serge Gruzinski sólo dedica media página al tema (pp. 231-232), ya que éste no era su propósito. Suelen considerarse esos viajes como anecdóticos, sin dar importancia a sus consecuencias.

Sólo un número reducido de investigadores o de eruditos se ha consagrado a su estudio, entre los cuales destacan Mello Franco (1937) para Brasil, o Mira Caballos (1996, 1998, 1999, 2000a, 2000b, 2003, 2007, 2009), así como varios de sus colegas, quienes enfocan el tema dentro del

contexto hispánico, más bien histórico. Para Inglaterra, Vaughan (2006) adopta una perspectiva cronológica y narrativa. En el caso de Europa, Dickason (1984) dedica al tema solamente su capítulo 10 (pp. 205-229), si bien prefiere un enfoque temático más conforme a sus objetivos. En efecto, estudia sobre todo la naturaleza de los contactos y de las reacciones mutuas, y en este contexto, "Attitudes and ideas cannot be reduced to a calendar" (1984, p. xiv).^[5] Más recientemente Puente Luna (2010) presentó una tesis de historia social en la que analiza documentos sobre varios viajeros andinos, y también de otras regiones limítrofes, Colombia (la Nueva Granada) o Chile. Su trabajo proporciona numerosos detalles, en particular en el plano jurídico, y sugiere que la investigación en los archivos podría incrementar notablemente la documentación y enriquecer las deducciones.

Así y todo, esos trabajos confirman la presencia de miles de amerindios en Europa (o, para ser más exactos, en el Viejo Mundo) entre 1493 y 1892, e infieren múltiples consecuencias antropológicas, históricas o cotidianas para nuestra historia compartida. Cada una de esas obras ahonda en un aspecto de forma a menudo sobresaliente, aunque demasiado limitada, por ejemplo, en relación con los viajeros en Francia o en Inglaterra. El fenómeno engloba en realidad toda Europa, Rusia, e incluso Asia del Sureste, en especial Filipinas, y aun Hawái. En 2011, Abbatista subrayó que desde los primeros decenios que siguieron al descubrimiento y a la conquista, aun quizá antes —si se confirman los datos sobre la llegada de los inuit a Islandia con los vikingos (Sunna Ebenesersdóttir *et al.*, 2011)—, hubo raptos de indígenas americanos para que sirvieran de guías, informadores, intérpretes, mediadores, rehenes, especímenes, actores, curiosidades, trofeos, esclavos, aprendices o evangelizadores. Fueron miles. Pasado el tiempo, su número disminuyó, su estatus cambió, pero fueron constantes los

viajes hasta que las conmociones del siglo XX modificaron la situación.

1493-1892: cuatro siglos de descubrimiento mutuo

Las razones expuestas hacen indispensable estudiar todos los datos disponibles sobre las migraciones, forzadas o voluntarias, de indígenas americanos hacia el Viejo Mundo, con el fin de evaluar su impacto y sus consecuencias. Lejos de limitarse a algunos individuos de alto rango, como los descendientes de Moctezuma y de Atahualpa, o a algunas "curiosidades", como los taínos llevados por Colón en su primer viaje, se pudo confirmar la presencia en Europa de más de 3 000 personas entre 1493 y 1616 (fecha del viaje de Pocahontas a Londres). Sólo para España, Mira Caballos (2000a, p. 111) proporciona cifras muy elevadas, de miles de individuos: "Entre 1492 y 1542, arribaron a las costas peninsulares varios miles de esclavos procedentes del continente americano. Concretamente, se ha identificado al menos la presencia de 2 442 indios en el periodo comprendido entre 1493 y 1550". Identificó a 1 906 individuos presentes sólo en el Reino de Castilla entre 1493 y 1550, en el marco del tráfico legal, sin tomar en cuenta el comercio ilegal ni las visitas oficiales (Mira Caballos, 1998). Por su lado, Vaughan (2006) calculó que, desde el descubrimiento de los Estados Unidos hasta su independencia en 1776, un mínimo de 175 indígenas norteamericanos habría permanecido una temporada en Gran Bretaña.^[6] Hace poco, las investigaciones de Thierry (2013) permitieron estimar en al menos 187 el número de viajeros con destino a Francia en el periodo comprendido entre 1505 y 1615. Es más, las visitas

se empalman, los viajeros se entrecruzan, se encuentran: Joseph Brant conoce a Samson Occom, los mexicas se relacionan con los tlaxcaltecas en Madrid, los cautivos de Weymouth se ven mezclados con los de Hunt. Ocurre el mismo fenómeno en Francia, en Holanda, en Portugal... Si bien el número se reduce un poco entre 1616 y 1892, debido especialmente a la disminución del tráfico de esclavos con destino al Viejo Mundo, para otras categorías permanece estable, incluso aumenta levemente.

En el marco del presente libro, y para disponer de una evaluación significativa, única base fidedigna para realizar una interpretación correcta, no nos limitamos a la península ibérica, sino que consideramos a toda Europa. Durero y Weiditz contemplaron los primeros tesoros del Nuevo Mundo en los Países Bajos. En Roma se exhibía a los malabaristas mexicas traídos por Cortés. Inglaterra, Francia, Italia y Holanda participaban en esos intercambios (Honour, 1975), aunque las investigaciones no nos permitieron extender significativamente esta configuración a Alemania, donde los Welser o Federman desempeñaron un papel innegable en el tráfico de esclavos. A la inversa, no podemos pasar por alto las Filipinas y Asia del Sureste, punto de llegada del Galeón de Manila, otro Viejo Mundo, un eslabón de los movimientos migratorios y de sus aportes que se suele olvidar en el plano lingüístico y vegetal.

Asimismo, nos hemos fijado amplios límites cronológicos. En la primera parte, estudiamos el periodo comprendido entre el primer retorno de Colón en 1493 y la llegada de Pocahontas a Londres en 1616 (Foreman, 1943; Vaughan, 2006). La elección de este lapso se debe a dos razones. La primera es que, a diferencia de la postura de Mira Caballos (*passim*), quien considera las Nuevas Leyes^[7] de 1542 como el fin oficial del tráfico de esclavos, aunque reconoce su relativa ineficacia estas leyes además sólo atañían a España. El tráfico se prolongó en los otros países por muchos años. La trata de amerindios, que disminuyó muy

paulatinamente, fue remplazada por el comercio triangular con destino a las Américas^[8] hasta desaparecer casi por completo a inicios del siglo XVII. La segunda razón, el viaje de Pocahontas en 1616 fue el último con estas características y marcó el fin de los flujos más considerables de visitantes. De ahí en adelante, las instituciones españolas y los virreinos de Lima y de México estuvieron firmemente implantados en las colonias hispánicas, volviendo a menudo inútiles los desplazamientos largos y costosos de todos aquellos que buscaban reconocimiento. Por lo demás, España niega la autorización de viajar a la metrópoli a varias personas que la solicitaron desde Perú. En el territorio de los Estados Unidos, la colonización de poblamiento estaba bien asentada en las costas, por cierto gracias a Pocahontas y a otros visitantes.

En los siglos que siguieron (1616-1892), los flujos migratorios disminuyeron, pero sobre todo tenían otra naturaleza. Constantemente había viajes y estancias (Vaughan, 2006; Coutard, 1998; Puente Luna, 2010, 2012), aunque en un contexto distinto y según modalidades muy diferentes, que serán el tema de la segunda parte de este libro. En efecto, en el caso de ese segundo periodo, es posible hablar de una verdadera perspectiva invertida: la disminución de la esclavitud y el cambio de los flujos de la península ibérica hacia Europa del Norte van acompañados de una implicación compleja de los amerindios en los meandros de la política europea. Después del fracaso de la mediación diplomática de Pocahontas, organizada por los ingleses para preservar su frágil establecimiento, siguió de inmediato el levantamiento de los powhatan contra los colonos, primer síntoma de la búsqueda de alianzas que conducirá a numerosas tribus de los Estados Unidos a tomar partido por los ingleses en contra de los insurgentes americanos (Vaughan, 2006), o a involucrarse en los conflictos franco-ingleses. Francia aplicó más o menos la misma política. La independencia de los Estados Unidos en 1776 y de los países de

América Latina a principios del siglo XIX volvió caduco el recurso a Europa: los caciques indígenas y los mestizos ya no encontraban su lugar y tampoco eran bienvenidos. Poco a poco el indio volvió a ser un “buen salvaje”, un objeto de curiosidad, y más adelante una especie en vías de desaparición. Reapareció en los espectáculos, los de Catlin y del coronel Cody, para terminar en el Jardín de Aclimatación, como curiosidad antropológica semejante al indio del descubrimiento. Se cerraba el círculo. No será sino hasta el siglo XX y en otras circunstancias cuando la imagen se modificará, pero ésta es otra historia (Deloria, 2004).